





Ana
y la Casa de las Sirenas



L. M. MONTGOMERY

Ana
y la Casa de Sueños

Traducción de
ELENA CASARES LANDAURO

Ilustraciones de
SARA LAGO Y ANTONIO CUESTA



TOROMÍTICO

Título original *Anne's House of Dreams*

© de la traducción ELENA CASARES LANDAURO, 2015

© de las ilustraciones SARA LAGO Y ANTONIO CUESTA, 2015

© de esta edición EDICIONES EL TOROMÍTICO, S.L., 2015

Primera edición: mayo de 2015

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Edición de ÓSCAR CÓRDOBA, JAVIER ORTEGA Y ANTONIO CUESTA

Imprime: LINCE ARTES GRÁFICAS

ISBN: 978-84-15943-32-7

Depósito Legal: CO-884-2015

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| En la buhardilla de Tejas Verdes | 11 |
| La Casa de los Sueños..... | 17 |
| En la tierra de los sueños..... | 23 |
| La primera novia de Tejas Verdes..... | 31 |
| La llegada a la nueva casa | 35 |
| El Capitán Jim | 39 |
| La novia del maestro..... | 45 |
| La señorita Cordelia Bryant viene de visita..... | 55 |
| Una tarde en la Punta de Cuatro Vientos | 69 |
| Leslie Moore..... | 81 |
| La historia de Leslie Moore | 89 |
| La visita de Leslie..... | 101 |
| Una noche fantasmal..... | 105 |
| Días de noviembre | 110 |
| La Navidad en Cuatro Vientos..... | 114 |
| Nochevieja en el faro | 122 |
| Un invierno en Cuatro Vientos..... | 128 |
| Días de primavera | 135 |
| Amanecer y anoecer | 143 |
| La <i>perdida</i> Margaret | 149 |
| Barreras barridas por la marea..... | 153 |

| | |
|--|-----|
| La señorita Cornelia arregla las cosas | 161 |
| Llega Owen Ford..... | 167 |
| <i>El libro de la vida</i> del Capitán Jim | 173 |
| La escritura del libro | 181 |
| La confesión de Owen Ford | 185 |
| En el banco de arena | 190 |
| Retazos varios..... | 196 |
| Gilbert y Ana discuten | 204 |
| Leslie decide..... | 210 |
| La libertad os hará libres..... | 217 |
| La señorita Cornelia discute el asunto | 223 |
| El regreso de Leslie..... | 227 |
| El barco de los sueños llega al puerto | 232 |
| Política en Cuatro Vientos..... | 238 |
| Belleza de cenizas | 245 |
| La señorita Cornelia anuncia algo sorprendente | 253 |
| Rosas rojas | 258 |
| El Capitán Jim cruza la barrera | 265 |
| Adiós a la Casa de los Sueños..... | 269 |

*Para Laura, en memoria
de los viejos tiempos.*



CAPÍTULO I

EN LA BUHARDILLA DE TEJAS VERDES



—Al fin he terminado con la geometría, tanto de estudiarla como de enseñarla —exclamó Ana Shirley, con un ligero aire de venganza, al tiempo que arrojaba un maltrecho volumen de Euclides en un gran baúl lleno de libros, cerraba la tapa triunfalmente y se sentaba sobre él mientras miraba a Diana Wright, que estaba al otro lado de la buhardilla de Tejas Verdes, con unos ojos que eran como el cielo de la mañana.

La buhardilla era un lugar lleno de sombras, sugerente y encantador, como toda buhardilla debe ser. A través de la ventana abierta, junto a la cual estaba sentada Ana, llegaba el aire cálido, dulzón y perfumado de una tarde de agosto; fuera, las ramas de los álamos crujían y se agitaban al viento; más allá estaba el bosque, donde el Sendero de los Amantes serpenteaba por su habitual rumbo encantado, y el viejo huerto de manzanos, que todavía conservaba de manera magnífica su rosada cosecha. Y sobre todo ello se podía contemplar una gran cadena montañosa de nubes níveas en el cielo azul del sur. A través de la otra ventana se divisaba un mar distante, azul, coronado de blanco... El hermoso golfo de San Lorenzo, sobre el que flota, como una joya, Abegweit, cuyo nombre indio, tan suave y dulce, ha sido olvidado hace ya tiempo y sustituido por el más prosaico de Isla del Príncipe Eduardo.

Diana Wright, tres años mayor que la última vez que la vimos, se ha convertido en este intervalo de tiempo en toda una señora. Pero sus ojos siguen igual de negros y brillantes, sus mejillas igual de sonrosadas y sus hoyuelos tan encantadores como en aquellos días lejanos en que Ana Shirley y ella se habían jurado amistad eterna en el jardín de la Cuesta del Huerto. Sostiene en sus brazos a una criatura de rizos negros, dormida, a quien el mundo de Avonlea conoce desde hace dos felices años como «la pequeña Ana Cordelia». La gente de Avonlea sabía por qué Diana le había puesto Ana, por supuesto, pero estaban muy intrigados por lo de «Cordelia». Nunca hubo ninguna Cordelia en las familias Wright o Barry. La señora de Harmon Andrews dijo que suponía que Diana había encontrado el nombre en alguna novela tonta y se preguntaba por qué Fred no había tenido más criterio y lo había permitido. Pero Diana y Ana se sonreían la una a la otra. Ellas sabían de dónde le venía el nombre a la pequeña Ana Cordelia.

—Siempre has odiado la geometría —añadió Diana con una sonrisa retrospectiva—. De cualquier modo, imagino lo contenta que estarás por no tener que enseñar más.

—Oh, siempre me ha gustado enseñar, sin contar la geometría. Estos últimos tres años en Summerside han sido muy agradables. La señora de Harmon Andrews me dijo cuando me vine a casa que no encontraría la vida de casada mucho mejor que la de maestra, como yo esperaba. Evidentemente la señora de Harmon Andrews comparte la opinión de Hamlet acerca de que puede ser mejor soportar los males que nos afligen antes que lanzarnos a otros que desconocemos.

La risa de Ana, tan alegre e irresistible como antes, ahora con una pizca de dulzura y madurez, resonó por toda la buhardilla. Marilla, que estaba abajo en la cocina preparando mermelada de ciruelas azules, la oyó y sonrió; luego suspiró al pensar con qué poca frecuencia resonaría esa risa querida en Tejas Verdes en los años por venir. En toda su vida nada la había alegrado tanto como saber que Ana se iba a casar con Gilbert Blythe; pero toda alegría trae consigo su pequeña sombra de tristeza. Durante los tres años pasados en Summerside, Ana había ido a casa a menu-

do para pasar las vacaciones y los fines de semana; pero, después de la boda, no podían esperar más de dos visitas al año.

—No dejes que lo que la señora de Harmon diga te preocupe —dijo Diana con la serena actitud de quien lleva cuatro años casada—. La vida de casada tiene sus altibajos, por supuesto. No esperes que todo vaya siempre sobre ruedas. Pero Ana, te puedo asegurar que es una vida feliz cuando te casas con el hombre adecuado.

Ana sofocó una sonrisa. Los aires de vasta experiencia de Diana siempre le hacían gracia.

«Supongo que yo actuaré igual cuando lleve cuatro años casada —pensó—. Aunque espero que mi sentido del humor me libre de ello».

—¿Habéis decidido ya dónde vais a vivir? —preguntó Diana mientras acariciaba a la pequeña Ana Cordelia con ese gesto inefable de las madres, que siempre infundía en el corazón de Ana, pleno de sueños y esperanzas dulces aún sin expresar, un sentimiento que era mitad placer puro, mitad una extraña y etérea congoja.

—Sí. Es lo que quería contarte cuando te llamé por teléfono para que vinieras hoy. A propósito, no logro acostumbrarme a que ya tengamos teléfonos en Avonlea. Suena tan ridículamente moderno para este viejo, tranquilo y encantador lugar.

—Tenemos que agradecerse a la Sociedad de Amigos de Avonlea —respondió Diana—. Nunca habríamos conseguido la línea telefónica si la asociación no se hubiera ocupado del tema y no hubiera insistido. Había suficientes obstáculos como para desanimar a cualquiera. Pero insistieron y no abandonaron, a pesar de todo. Ana, hiciste una cosa maravillosa para Avonlea cuando fundaste esa asociación. ¡Anda que no nos divertíamos en nuestras reuniones! Nunca nos olvidaremos del auditorio que pintamos de azul, ni del plan de Judson Parker para poner el anuncio de un medicamento en su valla.

—No sé si le estoy muy agradecida a la Sociedad de Amigos de Avonlea en este asunto del teléfono —confesó Ana—. Oh, ya sé que es de lo más práctico... ¡Incluso más que nuestro viejo siste-

ma de hacernos señales con la luz de las velas! Y, como la señora Rachel dice: «Avonlea debe seguir el ritmo de la procesión, eso es». Pero, en cierto modo, siento como si no me gustara que Avonlea se vea afectada por lo que el señor Harrison llama, cuando quiere parecer ingenioso, «inconvenientes modernos». Me habría gustado mantener nuestro pueblo siempre como era en los viejos tiempos. Es una tontería, sentimental e imposible. Así que me volveré inmediatamente sensata, práctica y realista. El teléfono, como admite el señor Harrison, es «una cosa estupenda», aunque se sepa que probablemente hay media docena de entrometidos escuchando en la misma línea.

—Eso es lo peor —suspiró Diana—. Es tan molesto llamar a alguien y oír el ruido de los teléfonos cuando los descuelgan. Dicen que la señora de Harmon Andrews insistió para que se lo instalaran en la cocina para poder escuchar cada vez que suena mientras hace la comida al mismo tiempo. Hoy, cuando me llamaste, oí claramente ese reloj tan raro de los Pye dando la hora. Así que seguramente Josie o Gertie estaban escuchando.

—Ah, por eso dijiste eso de «tienes un reloj nuevo en Tejas Verdes, ¿no?» No entendía lo que querías decir. Y en cuanto lo dijiste oí un violento clic. Supongo que fue el teléfono de los Pye al colgarlo con mucha energía. Bueno, no nos preocupemos de los Pye. Como dice la señora Rachel, «los Pye siempre han sido así y siempre lo serán mientras el mundo sea mundo, amén». Quiero hablar de cosas más agradables. ¡Ya hemos decidido dónde iremos a vivir!

—¡Oh, Ana! ¿Dónde? Espero que sea cerca de aquí.

—No. Ese es el inconveniente. Gilbert va a establecerse en el puerto de Cuatro Vientos, a sesenta millas de aquí.

—¡Sesenta millas! Lo mismo que si fueran seiscientas —suspiró Diana—. Ahora no puedo ir más allá de Charlottetown.

—Tendrás que venir a Cuatro Vientos. Es el puerto más hermoso de toda la isla. Hay, en un extremo, un pueblecito llamado Glen St. Mary, donde el doctor David Blythe ha ejercido durante cincuenta años. Es el tío abuelo de Gilbert, ya sabes. Se va a retirar y Gilbert se hará cargo de sus pacientes. Aunque el doctor

Blythe se quedará con su casa, y nosotros tendremos que buscar-nos una vivienda. En realidad todavía no sé cómo será ni dónde estará, pero tengo una *casita de los sueños* toda amueblada en mi imaginación. Un diminuto y delicioso castillo en España.

—¿Adónde vais a ir de luna de miel? —preguntó Diana.

—A ninguna parte. Y no pongas esa cara, Diana querida. Me recuerdas a la señora de Harmon Andrews. Sin duda que ella comentará, en tono condescendiente, que la gente que no puede permitirse ir de luna de miel es prudente si decide no viajar; y luego me recordará que Jane se fue a Europa en la suya. Yo quiero pasar mi luna de miel en Cuatro Vientos, en mi preciosa casita de los sueños.

—¿Y has decidido no tener damas de honor?

—No tengo a nadie que lo sea. Tú, Phil, Priscilla y Jane os habéis casado antes que yo; y Stella está dando clases en Vancouver. No tengo ninguna otra «alma gemela», y no quiero una dama de honor que no lo sea.

—¿Pero vas a llevar velo, no? —preguntó Diana con inquietud.

—Sí, claro. No me sentiría una novia si no lo llevara. Recuerdo que el día que Matthew me trajo a Tejas Verdes le dije que no pensaba casarme porque era tan feúcha que nadie me pediría jamás en matrimonio, a menos que fuera algún misionero extranjero. Por aquel entonces yo tenía la idea de que los misioneros extranjeros no podían permitirse ser exigentes en cuanto a la belleza si querían a una muchacha que fuera a arriesgar la vida entre los caníbales. Deberías haber visto al misionero extranjero con el que se casó Priscilla. Era tan atractivo e inescrutable como aquellos galanes con los que nosotras mismas soñábamos despiertas, Diana. Era el hombre mejor vestido que he conocido en toda mi vida, y estaba fascinado por la «belleza etérea y dorada» de Priscilla. Pero claro, no hay caníbales en Japón.

—De todos modos, tu vestido de novia es un sueño —suspiró Diana embelesada—. Vas a parecer una verdadera reina con él, tan alta y delgada. ¿Cómo haces para estar tan delgada, Ana? Yo estoy más gorda que nunca, pronto ya no tendré ni cintura.

—Yo creo que una está predestinada para ser delgada o robus-

ta —replicó Ana—. En todo caso, la señora de Harmon Andrews no puede decirte lo que me dijo a mí cuando vine a casa desde Summerside: «Bueno, Ana, estás tan flaca como siempre». Ser delgada suena muy bien y muy romántico, pero «flaca» tiene un tono muy distinto.

—La señora de Harmon Andrews ha estado hablando de tu ajuar. Admite que es tan bonito como el de Jane, aunque dice que Jane se casó con un millonario y tú te vas a casar con «un pobre médico sin un centavo».

Ana se rio.

—Mis vestidos son bonitos. Me encantan las cosas hermosas. Recuerdo el primer vestido bonito que tuve: aquel satinado de color marrón que me regaló Matthew para el concierto de nuestro colegio. Antes de ese todo lo que había tenido era tan feo... Me pareció que aquella noche entraba en un mundo nuevo.

—Esa fue la noche en que Gilbert recitó *Bingen on the Rhine*, y te miró cuando dijo: «Hay otra, que no es una hermana». ¡Y tú estabas tan furiosa porque él se puso tu rosa de papel en el bolsillo de la chaqueta! ¿Quién te iba a decir que acabarías casándote con él?

—Oh, bueno, ese es otro ejemplo de predestinación —rio Ana mientras las dos bajaban juntas las escaleras de la buhardilla.

